

afianzaria en Barcelona esa estabilidad de orden que tan necesaria es para su propia dicha, para el mayor perfeccionamiento de su industria.

Imposible parece que se olvide el mas conocido y lógico de los axiomas.

Un pueblo libre y feliz no se subleva nunca contra el gobierno que labra su prosperidad.



## CAPITULO XLVII.

### SUCESOS DE VALLADOLID.

No cabe la menor duda que el primer eco del grito de Vicálvaro resonó en Alcira; nadie puede arrebatarse este título de gloria que oficialmente se confirió á la ciudad de Valladolid y que Barcelona se lo ha disputado.

Las fechas deciden esta cuestion.

El pronunciamiento de Alcira se verificó el 5 de julio, el de Barcelona el 14, y el de Valladolid el 15.

Sin embargo de esto, un periódico de la córte, el 14 de julio de 1855, primer aniversario de aquellos gloriosos sucesos, dedicó al pueblo vallisoletano las siguientes líneas:

«Hay pueblos que tienen el raro privilegio de dar vida á los héroes, nombre á los siglos, envidia á las naciones, honor á la historia, alimento á la fama y teatro á los grandes sucesos.

Así en la antigüedad fueron: Jerusalem, la ciudad de los profetas; Tyro, el imperio de la industria; Troya, la víctima de los

amores; Atenas, la cuna de los sábios; Roma, el rayo de la guerra; Cartago, el centro del comercio; Numancia y Sagunto, el baluarte de la independencia.

Así España en la edad media parece haber concentrado su espíritu en Toledo, Burgos, Valladolid, Salamanca, Barcelona y Medina; así también en los tiempos modernos han sido Cádiz y Madrid, Zaragoza y Gerona ejemplo de los libres y terror de los tiranos.

¡Pueblos ilustres! El cronista fatiga en vano su pluma por relatar sus hazañas; el poeta pulsa inútilmente su lira para cantar sus virtudes; y la mente de las generaciones se abrumba bajo el peso de tantos recuerdos sublimes.

Mas ¿cómo pasar en silencio los grandes títulos que esos pueblos han adquirido á la inmortalidad, los hechos que honran y enaltecen su memoria? También el águila se atreve á tender sus alas al cielo, por mas que no pueda remontarse á su altura; también el hombre osa alguna vez mirar al sol cara á cara, por mas que le deslumbren y cieguen sus rayos.

Permitásenos, pues, á nosotros depositar siquiera la ofrenda de nuestra admiración en las aras de un pueblo benemérito á quien la patria aclama por uno de sus mas predilectos hijos, y á quien nunca se mostrará la posteridad bastante agradecida; ese pueblo es Valladolid, la ciudad de los comuneros, la córte de la antigua monarquía de Castilla.

Porque mañana hace un año que partió de allí, antes que de ningún otro ángulo de la Península, el grito de guerra contra la inmoralidad y el despotismo; mañana hace un año que se alzó Valladolid para restaurar los fueros populares indignamente hollados por una pandilla audaz y corrompida; mañana hace un año que rea-

pareció tras las nieves del Guadarrama la luz de la libertad tanto tiempo velada por las nubes del oscurantismo.

Una mañana, el QUINCE DE JULIO DE MIL OCHOCIENTOS CINCUENTA Y CUATRO — grabad bien este dia en vuestra memoria, — se levanta el pueblo de Valladolid indignado; los ciudadanos se reúnen presurosos en la plaza pública: invocan en su auxilio al ejército y las autoridades; gefes y soldados acuden á este llamamiento: bizarros generales desenvainan su espada, nunca esgrimida sino en defensa de la libertad, y se ponen al frente de ellos; todo está pronto para el gran acto que se va á consumir; llega por fin el instante señalado de antemano; y á un esfuerzo de todas las voluntades, á un impulso unánime del pueblo y el ejército, quedan rotas para siempre las cadenas de la patria.

¡Oh rasgo magnánimo de valor y liberalismo! ¡Oh acontecimiento glorioso é inolvidable! ¡Oh ciudad mil veces digna de bendición y alabanza!

Ella infundió en España aliento bastante para recobrar su energía; ella mostró á Madrid la senda que tan animosamente siguió EL DIEZ Y OCHO DE JULIO; ella dió el primer golpe de la piqueta revolucionaria en el alcázar de la tiranía.

Porque — aun no puede haberse borrado de la memoria de los liberales — al solo anuncio del pronunciamiento de Valladolid, los mandarines de entonces abandonaron las riendas del Estado; el gabinete Sartorius desapareció de la escena política, y á no haber sido por la ceguedad de su sucesor, á no haberse empeñado los hombres que le formaban en desconocer completamente las aspiraciones de los pueblos, los hijos de la heroica villa no hubieran tenido que reverdecir los sangrientos laureles del DOS DE MAYO.

¿Qué mágico efecto causó, pues, el suceso que hoy recordamos, en las almas de Sartorius y sus secuaces?

¿Y cómo él solo bastó para hundir en el lodazal que los había abortado á los mismos que acababan de desafiar impudentes el ímpetu de tantas bayonetas conjuradas en su daño?

¡Oh! Es que hasta entonces no habían visto al pueblo tomar parte en la contienda empeñada; es que hasta entonces no habían oído rugir amenazadoras en torno suyo las iras populares.

Hé aquí el secreto de la arrogancia del gabinete Sartorius, antes del 15 de julio; hé aquí la causa de su debilidad después de aquel día memorable.

No hay para los tiranos enemigo mas terrible que el pueblo; el ejército mismo con toda su intrepidez, con toda su disciplina, con todos sus generosos arranques, les inspira menos espanto.

Y es que el cuadro mejor formado se rompe cuando no se apoya en el pueblo, y es que la batalla mejor combinada se pierde cuando no se tiene el pueblo á retaguardia.

El ejército no es otra cosa que el pueblo armado; divorciarse de los ciudadanos es privarse de su primer elemento de triunfo, es abandonar su fortaleza mas inespugnable.

Caminen siempre unidos el pueblo y el ejército, ¿y quién podrá entonces oponerse á su causa?

¿Quién podrá robar á la patria su independenciam y su libertad, cuya defensa les ha encomendado?

No de otro modo venció en Valladolid la revolucion de julio; no de otro modo pudo, hace un año, aquella ciudad desde entonces heroica, abrirnos las puertas de un porvenir que parecia haberse oscurecido para España.

¡Honor, pues, á Valladolid!

¡Honor al pueblo y al ejército que se unieron en su recinto para salvarnos!

De hoy mas el pueblo vallisoletano podrá añadir á sus claros timbres, el de iniciador de una nueva era de moralidad y justicia; de hoy mas EL QUINCE DE JULIO será uno de los dias mas grandes del siglo XIX; de hoy mas esa fecha se escribirá en la historia con letras de diamante.

Nosotros creemos que todos los pueblos que se pronunciaron contra la inmoralidad que á la sazón escandalizaba al pais, tienen igual derecho á la gratitud nacional, porque estaban inspirados por los mismos sentimientos, y solo aguardaban una ocasion favorable que no á todos se les presentó en el mismo dia.

El benemérito general Noguerras se puso en Valladolid al frente del movimiento, y halló tan generales simpatías en el vecindario, y tanta sumision en los partidarios de la dominacion polaca, que no hubo que lamentar una sola desgracia, ni derramar una gota de sangre.

Formóse una Junta presidida por dicho general, en la que figuraba don José Güell y Renté, esposo de doña Josefa de Borbon, infanta de España como hija del infante don Francisco y prima de la reina.

Esta circunstancia hizo que se criticase con justa severidad uno de los primeros actos de la Junta, dedicado á la devolucion de los títulos y consideraciones que se debian á dicha doña Josefa como infanta de España; y de los cuales se vió privada por haber contraído un matrimonio desigual; pues aunque era una medida reparadora, tocaba al ciudadano Güell y Renté hacer ver á la Junta la inconveniencia de atender al desagravio de una persona, cuando

era cuestion de salvar al pais entero. Hay pequeñeces que amen-  
guan los grandes acontecimientos.

Estamos enteramente de acuerdo con el autor de *La Revolucion de julio*, que al tocar este incidente, se espresa en los términos que siguen:

«El acto nos parece justísimo y la persona sobre quien recayó es sin duda acreedora á las mayores muestras de aprecio de parte del pueblo, pero cuando se trata de la salvacion de la libertad, actos que se refieren esclusivamente á personas, nos parecen indignos de una Junta revolucionaria.»

Una Junta debe formular las necesidades del pais, hacerse cargo de sus exigencias mas perentorias, ser la síntesis de la opinion pública; y abusa de la iniciativa popular de que se apodera, empleándola en cuestiones que no se rozan en manera alguna con los intereses de la revolucion.»

Repetimos que el desagravio que se pedia era muy justo, y mas habiendo visto el pais escandalizado, que se privaba á una hija del infante don Francisco de sus títulos y consideraciones por haber contraído un matrimonio desigual, en tanto que se creaban nuevos títulos y se colmaba de honores y de riquezas á la prole de Cristina, que habia contraído matrimonio con el hijo de la *tia Eusebia*, la del estanco.

Por un lado se humillaba al marido de la infanta, que era un honrado liberal, y por otro se enaltecia al hijo de la *estanquera* hasta el título inmediato al de príncipe!

¡Cuánta farsa! ¡Cuánto escándalo! ¡Cuánta inmoralidad!

Basta ya de digresiones y pasemos á Zaragoza para presenciar los acontecimientos de la siempre heroica capital de Aragon.

El pronunciamiento de Zaragoza es de una gran importancia á

todas luces; pero particularmente por haber figurado en él como presidente de la Junta revolucionaria don Baldomero Espartero y como individuo de ella don Juan Bruil.

Consignaremos, pues, en el próximo capítulo todos los actos de la Junta, y el pueblo español decidirá lo que le parezca, acerca de la consecuencia política entre Espartero y Bruil revolucionarios, y Espartero y Bruil consejeros de la corona.

#### SUCESOS DE ZARAGOZA.

Desde la declaración tentativa del 20 de febrero de 1808, que costó la vida á su víctima é infortunado caudillo el mariscal Ho-  
re, la siempre heroica capital de Aragón habia estado en estado de  
tremenda agitación, y el pueblo de Zaragoza habia tenido el  
recurso de recurrir al ejército de tropas que habia reunido el  
gobierno en aquel recinto, con el objeto de evitar nuevas insur-  
recciones.  
Mas á pesar del aspecto amenazante de la guarnición y de las  
facultades extraordinarias de que se hallaban revestidas aquellas au-  
toridades, el intrépido militar don Ignacio Garcia, oculto en la pa-  
ra de don Juan Bruil, estaba en activas relaciones con las perso-  
nas mas influyentes del partido liberal, conspirando activamente en  
favor de la causa del pueblo.  
Atrevidamente era la capital en atención á los elementos de re-  
sistencia con que el capitán general don Felipe Lobo contaba á la